



Algunas consideraciones sobre las formas de suicidio en el marco del discurso capitalista

David Rodríguez López

Monografía presentada para optar al título de Especialista en Problemas de la Infancia y de la
Adolescencia

Asesor

Juan José Martínez Torres , Doctor (PhD) en Psicoanálisis

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia
Medellín, Antioquia, Colombia

2024

Cita	(Rodríguez López, 2024)
Referencia	Rodríguez López, D., (2024). <i>Algunas consideraciones sobre las formas de suicidio en el marco del discurso capitalista</i> [Trabajo de grado especialización].
Estilo APA 7 (2020)	Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia, Cohorte VI.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

ALGO

noche que te vas

dame la mano

obra de ángel bullente

los días se suicidan

¿por qué?

noche que te vas

buenas noches

Alejandra Pizarnik

Dedicatoria

A ti, que fuiste y seguirás siendo por siempre en mi corazón; a ti, que con tu muerte me enseñaste a vivir; a ti, que hoy te digo: “lo entiendo y te amo”.

Agradecimientos

A Mariana Gómez por alojar mi dolor y esperanzas; por asumir este reto como propio y enseñarme que el amor nos puede salvar de la vida.

A Juan José Martínez por escucharme, cuestionarme y embarcarse conmigo en esta descomunal aventura; por despertar en mí el amor más infantil por el psicoanálisis; y claro, por regalarme una dosis de humor en cada conversación.

A todos los que en algún momento fueron soporte vital y faro de luz en mi camino.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract	8
Introducción	9
1 Planteamiento del problema	11
1.1 Antecedentes	13
2 Justificación.....	19
3 Objetivos	21
3.1 Objetivo general	21
3.2 Objetivos específicos.....	21
4 Marco teórico	22
4.1 De Durkheim a Freud	22
4.2 Freud.....	23
4.3 Lacan	28
5 Metodología	35
6 Discusión.....	36
7 Conclusiones	42
8 Recomendaciones.....	44
Referencias	46

Lista de figuras

Figura 1 Relación significante. (Lacan)	29
Figura 2 Los cuatro discursos. (Lacan)	30
Figura 3 Discurso del amo. (Lacan)	31
Figura 4 Discurso del amo / Discurso capitalista. (Lacan)	32
Figura 5 Discurso capitalista. (Lacan)	32

Resumen

A través de la presente monografía se traza un recorrido teórico del suicidio buscando dejar de lado postulados moralistas, religiosos o que aluden a la enfermedad mental como causa del acto; para ello, se parte de la formalización del mismo como objeto de estudio, estableciendo puntos clave en la clásica obra *El Suicidio* de Émile Durkheim; luego se sitúa en Freud algunos “elementos comunes” a considerar en la elección del sujeto por la muerte, además del papel de la cultura; finalmente, se analiza la noción de *discurso* en Lacan, abriendo las puertas a la conversación sobre el *discurso capitalista* y su influencia en la muerte de adolescentes por suicidio.

Palabras clave: adolescencia, discurso capitalista, suicidio.

Abstract

This monograph traces a theoretical journey of suicide seeking to leave aside moralistic, religious postulates or those that allude to mental illness as the cause of the act; to do so, it starts from the formalization of suicide as an object of study, establishing key points in the classic work *Suicide* by Émile Durkheim; Then, in Freud, some "common elements" to be considered in the subject's choice of death, in addition to the role of culture; finally, the notion of discourse in Lacan is analyzed, opening the doors to the conversation about the capitalist discourse and its influence on the death of adolescents by suicide.

Keywords: adolescent, capitalist speech, suicide.

Introducción

La presente monografía tiene como intención dar cuenta teóricamente de múltiples disertaciones entorno a los suicidios de sujetos en la adolescencia, y cómo el imperativo de goce propio del discurso capitalista, en consonancia con la fragilidad de vínculos, constituyen el escenario ideal para una muerte por suicidio.

El sujeto que se propone pensar -el adolescente- se encuentra sumido en un campo discursivo que resulta particularmente propicio para gozar, de hecho, constantemente es empujado a hacerlo. Aunado a esto, el natural declinamiento de las figuras de autoridad y su consiguiente “reemplazo” por nuevas identificaciones -casi por regla general con los pares- dejan al adolescente “mal parado”, por así decirlo, sostenido como puede en medio de una paradoja vincular donde la compañía no está determinada por la presencia del otro, las relaciones varían en función de metas o ideales colectivos que pretenden uniformar las formas de goce, y el sujeto es tratado como un objeto de consumo: un valor estadístico, el ficho en una fila de banco, la orden de espera número “tal”. La línea divisoria, que en algún momento se pensó absoluta, entre hombres y objetos cada día parece difuminarse más.

En medio de este panorama -del que no puede sustraerse el influjo de los avances tecnológicos- los lazos tambalean y cada vez escasean más las formas de sostenerse en o a través del otro; las miradas, palabras y presencia han perdido el valor, en su lugar cobraron relevancia la productividad, eficiencia y número de seguidores; valores que han demostrado tener un peso especial en esta época. No cuesta entender entonces, por qué muchos adolescentes enfrentados a lo imposible de su época, hallan motivos para creer que en los *objetos* está aquello que les falta.

Cuando la falta es confundida con la ausencia de objetos, el sujeto deviene consumidor, es decir, el discurso capitaliza su apetencia y le empuja con voracidad a consumir y -en ocasiones- a consumirse; piénsese por ejemplo el caso del toxicomano, donde el sujeto es -en principio- consumidor de un objeto, para luego -casi por regla general- sin quererlo o poder evitarlo, tornarse en el objeto mismo a consumir.

Con esto en mente, se propone como *objetivo general*, acercarse a la *comprensión* de las especificidades del suicidio en la adolescencia, dentro del marco del discurso capitalista; de este, se desprenden tres *objetivos específicos* a perseguir: *analizar* en la teoría psicoanalítica el concepto de discurso frente al fenómeno de suicidio en la adolescencia; *describir* las particularidades del

discurso capitalista que inciden en el suicidio en la adolescencia; e *interrogar* el estatuto del acto suicida para el psicoanálisis a partir del concepto de goce.

La forma de aproximarse a estos objetivos es mediante un estudio de tipo cualitativo, donde el propósito central es interpretar y describir diferentes categorías de análisis a partir de la revisión documental de conceptos como: suicidio y discurso capitalista. Con esto, se espera poder ofrecer una mirada alternativa del acto suicida.

Proponer una perspectiva alternativa -que encuentre soporte en el psicoanálisis- es fundamental en tanto la comprensión singular del fenómeno -lejos de ser norma- se presenta en contadas ocasiones; las generalizaciones abundan y la noción misma del acto se ve desdibujada, manchada tras juicios de valor. La histórica asociación entre suicidio y enfermedad mental, alimenta la creencia de que los hombres sanos de espíritu no se quitan la vida. Bajo este imaginario el sujeto es despojado de su rol -activo- en la *elección* por la muerte; su voluntad es colonizada, su voz censurada y su malestar velado tras conceptos restrictivos como “lo normal”, “lo políticamente correcto” o “lo adecuado”.

Como resultado de esta operación, se agruparon actos de distinta naturaleza bajo la macrocategoría de “el suicidio”, como si se tratase de un cuadro clínico diferenciable o una enfermedad tipificable. Este sesgo ha impedido que nuevos razonamientos en torno a este fenómeno sean explorados, como si no tuviera cabida en lo racional pensar que un sujeto en su “sano juicio” asuma una posición radical que ponga fin a su existencia.

La justificación de la presente monografía reside entonces, en la oportunidad de introducir una pregunta por los suicidios -no el suicidio- cuestionando el estatuto que hasta ahora se le ha otorgado y abriendo la posibilidad de entablar una nueva consideración; una que restituya el nombre de aquellos que han elegido suicidarse y fueron tachados de cobardes, depresivos, locos, profanos o en el peor de los casos, alguien decidió por ellos: no nombrándolos.

Se trata entonces de devolver al sujeto aquello que le ha sido arrebatado paulatinamente desde la universalización del discurso científico; esto es, la propia verdad. No es el suicidio visto como pecado ante los ojos de cristo, o el ataque a la comunidad que esto podría representar en otras épocas, tampoco es el culmen de unos pocos iluminados; es, en su forma más simple, un acto por completo radical y singular.

1 Planteamiento del problema

La intención de la presente monografía es dar cuenta -a nivel teórico- de múltiples disertaciones entorno a los suicidios de sujetos en la adolescencia, y cómo el imperativo de goce propio del discurso capitalista, en consonancia con la fragilidad de vínculos, constituyen el escenario ideal para una muerte por suicidio.

Los sujetos en cuestión, si es que hay forma de agruparlos, son los adolescentes; no los jóvenes que biológicamente hablando se encuentran atravesando los cambios propios de dicha “fase”, sino aquellos que han abandonado la posición infantil y han entrado en disputa con la ley, quienes se las han visto con el Edipo (tengan 15 o 40 años). Dicho esto, es de resaltar el carácter prescindible de la categoría cronología, en especial, ante el inminente peso de la subjetividad y el inconsciente; pensado bajo la consideración psicoanalítica en términos lógicos y no cronológicos.

El sujeto adolescente -en más sujeto- se encuentra sumido en un campo discursivo que resulta particularmente propicio para gozar, de hecho, constantemente es empujado a hacerlo; basta con pensar en las masivas campañas publicitarias que inundan las calles a diario, las innumerables colecciones de *gadgets* que crean ilusorias necesidades, o el acceso privilegiado que una porción significativa de la población mundial ha dado a diversas redes sociales para recolectar, administrar y difundir información personal a cambio de un perfil; un cupo en comunidad de sentido. Aunado a esto, el declinamiento de las figuras de autoridad, y su consiguiente “reemplazo” por nuevas identificaciones -casi por regla general con los pares- han dejado al sujeto “mal parado” por así decirlo; sostenido como puede en medio de una paradoja vincular, donde la compañía no está determinada por la presencia del otro, las relaciones varían en función de metas o ideales colectivos, y el sujeto es un objeto de consumo: un valor estadístico, el ficho en una fila de banco, la orden de espera número “tal”.

En medio de este panorama, del que no puede sustraerse el influjo de los avances tecnológicos, los lazos tambalean y cada vez son menos las formas de sostenerse en o a través del otro; las miradas, palabras y presencia han perdido el valor, en su lugar cobraron relevancia la productividad, eficiencia y número de seguidores. No cuesta entender entonces, por qué muchos adolescentes enfrentados a lo imposible de su época, hallan motivos para creer que en los *objetos* está aquello que les falta.

Cuando la falta es confundida con la ausencia de objetos, el sujeto deviene consumidor, es decir, el discurso capitaliza su apetencia y le empuja con voracidad a consumir y -en ocasiones- a consumirse. Los efectos de este empuje a nivel de lazo social no tardan en hacerse notar; los vínculos se tornan efímeros, transitorios y su continuidad es sostenida fundamentalmente, en el goce compartido de gadgets.

Dispuestas estas condiciones generales, el suicidio deviene como fenómeno de difícil comprensión y mucha opinión; un acto fácil de señalar y hacer pasar como una extrañeza, cuando es en realidad, la fiel muestra del talante mortífero del deseo que habita a cada sujeto. En algunas ocasiones una puesta en escena, en otras más, un acto por completo radical y abyecto, en últimas, una elección a propósito de la propia vida; en esencia, un acto *subjetivo, único* y -aunque suele olvidarse- *social*.

Decir que el suicidio se trata de un acto social, subjetivo y único implica sostener que se refiere a una conjunción de significantes cobijados bajo un marco de sentido compartido, uno que acoge ciertas nociones socioculturales básicas y presupuestos comportamentales particulares; también es posible decir que, aun tratándose de un resultado común (la muerte), los suicidios (y sus tentativas) son de carácter único -en tanto ninguno se desarrolla igual que otro- y subjetivo, esto es, no perteneciente al dominio de la generalización, de las categorías, de las hipótesis ajenas. El suicidio es -en potencia- el acto más íntimo que un sujeto puede vivir consigo mismo.

Pensar el suicidio supone entonces, delimitar cautelosamente el objeto de estudio y su alcance tentativo, de lo contrario, se corre el riesgo de perderse en una suerte de panóptico informativo, una nubosidad producto del exceso característico de esta época; las condiciones subjetivas que arrojan cada acto, las formas de goce establecidas por el discurso capitalista, y la singularidad de desenlaces al momento del acto suicida, son las coordinadas a rastrear; no se trata más de ubicar al suicida como pecador o impuro, tampoco como interdicto, enfermo mental o loco, mucho menos reducir su acto a un desbalance químico en el cerebro; se trata de un sujeto deseante.

Es en el sujeto confrontado a lo más íntimo de su existencia -manifiesto en la forma en que se posiciona subjetivamente en vínculos, identificaciones, angustia, goce y posible muerte- donde recae el interés de la presente; es allí, donde el sujeto se encuentra profundamente aludido en su falta, consciente de su incapacidad de saciarse, pasmado ante la imposibilidad de decir algo más, carente de receptor alguno que aloje su deseo, angustiado ante el inminente empuje de la pulsión de muerte, que crece la idea de no estar, de no ser más, de matar(se) para no ser .

Se trata entonces, de la posición infantil que huella la adolescencia, del empuje al goce sostenido en el discurso y los arreglos subjetivos que debe elaborar el sujeto para así posicionarse y elegir sobre su vida, en especial si ¿vale la pena ser vivida?

1.1 Antecedentes

El punto de partida para pensar el suicidio como fenómeno social, es la obra de 1897 titulada *El suicidio*, en esta, Émile Durkheim -el llamado padre de la sociología positivista- desmiente algunas de las teorías más difundidas a propósito del mismo, arguye contrariamente a quienes supeditan el acto a la patología mental y, propone un nuevo estatuto para pensar el suicidio; uno que contempla la relación sujeto-sociedad y a partir de esta, ubica al suicidio como objeto de estudio social, y no como una entidad mórbida.

Desde esta perspectiva la relación sujeto-sociedad, puede entenderse como la interacción -y consiguiente vivencia subjetiva- que un sujeto experimenta a nivel de sociedad; de esta, devendrán según Durkheim tres formas posibles de suicidio: el *suicidio egoísta*, movido por la falta de integración social; el *suicidio altruista*, derivado de la integración excesiva al orden social; y *el suicidio anómico*, producto de la inconsistencia en los referentes simbólicos de una sociedad.

Siguiendo a Durkheim, es coherente abordar los tipos de suicidio mencionados sirviéndose de la contrastación entre suicidio egoísta y suicidio altruista, dicho esto, contemplar ambos casos bajo una lógica común -que pasa por el grado de integración que el sujeto sostiene con la sociedad- es por completo válido. Así, del lado del exceso tendrá cabida el suicidio altruista, en tanto, el suicidio egoísta encontrará móviles en la carencia de vínculos representativos. Desde esta perspectiva, nos encontramos ante dos caras de la misma moneda y, de la correspondencia o desviación frente a las condiciones socioculturalmente aceptadas, las normas y en general, la forma en que se erige la sociedad, el individuo podrá devenir suicida de un tipo u otro.

Durkheim toma el paradigma del ejército para dar cuenta del suicidio altruista, para esto recurre en primera instancia a Barthohia quien, con suma lucidez, recopila en su libro *De camis contemptae mortis a Danis* una serie de relatos que dan cuenta de la representación social del suicidio y la muerte natural en comunidades de antaño:

Relata, que los guerreros daneses, consideraban como una vergüenza morir en su cama, de vejez o de enfermedad, y se suicidaban para escapar a esta ignominia. Del mismo modo, los Godos, creían que los que mueren de muerte natural están destinados a pudrirse eternamente en antros llenos de animales ponzoñosos. En los límites de las tierras de los Visigodos, habla una roca elevada, llamada La Roca de los Abuelos, desde cuya altura se precipitaban los viejos cuando estaban cansados de la vida. (Durkheim, 1897, p.114)

Es de señalar que para quienes están enlistados en el ejército o agrupación armada, poco tiene de sentido decir que se trata de un suicidio y no de su firme deseo de proteger un territorio o bien mayor, pero, al contrastar este deseo con las condiciones que implica la guerra y el conflicto armado poco podría decirse de esa decisión en pro de la vida; así mismo es de rescatar la hipótesis Freudiana de 1915 que dicta: “en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad”.(Freud, 1915, p.290)

Respecto a la otra cara de la moneda -el suicidio egoísta, dirá Durkheim:

Si se conviene en llamar egoísmo a ese estado en que el yo individual se afirma con exceso frente al yo social y a expensas de este último, podremos dar el nombre de egoísta al tipo particular de suicidio que resulta de una individuación desintegrada. (1897, p.224)

En tanto, el autor dará apertura al siguiente capítulo relativo al suicidio altruista diciendo: “una individuación excesiva conduce al suicidio, una individuación insuficiente produce los mismos efectos. Cuando el hombre está desligado de la sociedad se mata fácilmente; fácilmente, también, se mata cuando está con demasiada fuerza integrado en ella” (Durkheim, 1897, p.224). Como puede notarse, Durkheim introduce la variante *individuación* como factor de peso a considerar, si de acercarse al fenómeno suicidio se trata.

A lo largo del desarrollo sobre el suicidio egoísta, el sociólogo se sirve del paradigma de la religión para mostrar cómo las creencias y el ordenamiento simbólico de un grupo, pueden llegar a fungir de impedimento para que un sujeto se quite la vida; al respecto Martínez (2023) afirma: “la pendiente de la religión, tal como ha sido tomada por Durkheim (1897) señala que hay ciertas

formas de la cultura que preservan del suicidio. No obstante, esto no es un hecho reservado tan solo a la religión.” (p.108)

Un grupo, sea de índole religiosa o no, tiene como característica principal estar cobijado por una comunidad de sentido común que ordena simbólicamente los vínculos, promueve sentimientos de inclusión, y presenta las condiciones base en que el sujeto podrá -y tendrá- que hacer con su existencia, partiendo de las prerrogativas propias de dicho ordenamiento social. En ese orden de ideas, puede comprenderse por ejemplo, porqué algunos sujetos privados de la libertad encuentran resguardo en un culto religioso en tanto otros hallan el soporte que necesitan en una pandilla o agrupación como narcóticos anónimos. Bajo este tipo de condiciones es común ver cómo el deseo de sobrevivir instila en las personas acciones de la más variada naturaleza, llevando incluso al sujeto más incrédulo a convertirse en un fanático religioso, o un acérrimo seguidor de los doce pasos de recuperación.

Retomando el comentario de Martínez -sobre la función de la religión en tanto grupo social- es de contemplar cómo esta, al igual que otros grupos como las sectas religiosas, se comporta a modo de sociedad; en esa medida, tienen la potencialidad de empujar y/o contener al sujeto al suicidio. Piénsese por ejemplo, en sectas como Heaven’s Gate o La orden del templo solar, cuyos suicidios en masa fueron gatillados por el influjo que la comunidad -y un ordenamiento simbólico particular- ejercía sobre el individuo. Queda claro entonces: no es regla general que la religión sirva para contener al sujeto del suicidio; la salvación -si es que existe- responde más bien, a cómo el sujeto se posiciona subjetivamente ante el Otro y el otro.

Finalmente, es de considerar un corto apartado -que resulta por demás- ser solidario con el psicoanálisis; dice el propio Durkheim (1897): “llegamos a un primer resultado: que la inclinación del protestantismo por el suicidio debe estar en relación con el espíritu de libre examen, que anima esta religión.” (p.107); de modo que, el espacio que la confesión religiosa deja al individuo, es mayor en el protestantismo que en otros cultos como el cristianismo y el judaísmo. Al respecto, resulta interesante que Durkheim se detenga y señale al libre examen de consciencia, como factor diferencial que puede fraguar un suicidio; en términos de Martínez (2023) “se trata de que el resorte del suicidio es el sufrimiento y el vacío.” (p.107). Quedan sobre la mesa entonces, dos elementos centrales a tener presentes para pensar el suicidio egoísta: la individuación y el libre examen de consciencia.

El segundo tipo de suicidio en cuestión -el suicidio altruista- en contraposición al egoísta, carga consigo el peso de la desindividuación excesiva y, cómo su contraparte sobreindividualizada, está a merced del sufrimiento y el vacío -por ende- ante la obligación de posicionarse subjetivamente y elegir a propósito de la muerte.

Como ocurrió con el suicidio egoísta, Durkheim propuso un paradigma para dar cuenta del suicidio altruista, este es: el del ejército. Si se piensa bien, se trata -en esencia- de grupos que deslegitiman el rol del yo hasta un punto tal, que la elección del mismo queda socavada a la palabra del grupo, que como se ha visto, actúa a modo de sociedad. Bajo esta tesis, tienen cabida agrupaciones como: fuerzas armadas, milicias urbanas, fuerzas insurgentes o como se les quiera llamar, se trata en efecto, de ordenamientos subjetivos en torno a un Significante que se impone sobre el Significante sociedad.

Una característica fundamental de este tipo de suicidio social, es la vergüenza o deshonra (en casos de tipo religioso inclusive) ante la continuidad -no consensuada- de la vida del sujeto; es decir, el grupo fija unas condiciones en que no solo es aceptable, sino imperante y exigible que el sujeto acabe con su propia vida, esto claro, por el beneficio del grupo. Piénsese por ejemplo en los Kamikazes en la segunda guerra mundial; en la muerte samurái -Harakiri o Seppuku- que rescataba el honor del guerrero tras la derrota; o el Satí, donde la viuda, tras la muerte de su cónyuge se quita la vida -en llamas- junto a los restos del difunto; un claro mensaje de que su existencia tenía valor en tanto esposa, no como mujer.

Por otro lado, vale la pena rescatar la sentencia de Durkheim sobre el carácter dicotómico que puede adoptar el acto suicida, a la luz de una variable particular: la individuación. Dice el autor partiendo por el suicidio egoísta: “mientras que este se debe a un exceso de individuación, aquél tiene por causa, una individuación demasiado rudimentaria.” (Durkheim, 1897). Así mismo, señala:

Puesto que hemos llamado *egoísmo*, al estado en que se encuentra el yo cuando vive su vida personal y no obedece más que a sí mismo, la palabra *altruismo* expresa bastante bien el estado contrario, aquél en que el yo no se pertenece, en que se confunde con otra cosa que no es él, en que el polo de su conducta está situado fuera de él, en uno de los grupos de que forma parte. (p.229)

Dando continuidad a la línea argumentativa trazada por Durkheim, resta por ocuparse del tercer tipo de suicidio social; el anómico, después de todo, no puede perderse de vista que este contiene -fenomenológicamente hablando- un elemento que se anuda a la concepción psicoanalítica de discurso: el *nómos*.

Los suicidios de este tipo, suelen reproducirse en sociedades donde no hay correspondencia entre la normativa establecida y el comportamiento práctico; también, en aquellas donde se está viviendo una transición -o bien actualización- de valores e ideales culturales, y el soporte simbólico del sujeto tambalea, o no resulta del todo claro.

Bajo esta premisa, la singularidad del suicidio anómico radica en el lugar privilegiado que otorga al cambio social, y a los estragos que de este devienen; el desorden que acarrea la emergencia de lo abrupto, la ensordecedora confusión de la disonancia normativa, y claro, la salida por vía del acto.

No se trata de la naturaleza, duración o crudeza del hecho social, sino del grado de afectación particular que devenga en el sujeto de la vivencia; es decir: que alcance para él el estatuto de crisis. Dicho esto, las muertes que responden a título de suicidio anómico, no limitan su origen a situaciones de adversa naturaleza, la muerte también puede surgir de las más genuinas alegrías y estados de plenitud emocional; basta con que logren alterar el suelo simbólico del sujeto. Al respecto dice Durkheim (1897):

Los más diversos acontecimientos de la vida y hasta los más contradictorios pueden igualmente servir de pretexto al suicidio. Pero ninguno de ellos es su causa específica. ¿Podríamos al menos atribuir esta causalidad a los caracteres que son comunes a todos? ¿Existen estos caracteres? Todo lo más que puede decirse es que consisten en contrariedades, en disgustos, pero sin que sea posible determinar qué intensidad debe alcanzar el dolor para tener esta trágica consecuencia. (p.324)

El autor es contundente al destacar que no hay una causa específica o carácter común al acto suicida, no obstante, es posible situar un par de elementos a perseguir: la intensidad del dolor y la elección del sujeto sobre su existencia; ambas por completo subjetivas.

Plantear algo así resulta factible teóricamente, la disonancia viene a mostrarse en lo cotidiano, entre el decir y el hacer; es allí donde podemos rastrear la estructura significativa del

suicidio que -como veremos- ensombrece el concepto. Esto responde, en gran medida, a los calificativos, juicios y normativa en contra del acto; como si no se tratase -el suicidio- de la elección más insondable y, en ciertos casos ética, que un sujeto puede tomar sobre sí mismo.

2 Justificación

A lo largo de la historia el suicidio ha sido dotado de connotaciones negativas de orden social, religioso y médico, sea bajo la consideración de un acto vergonzoso que debe ocultarse de la historia familiar; de un terrible pecado que merece todo el desprecio de la comunidad, pues resulta contrario a los mandatos de un Dios; o del loco que intentó quitarse la vida -sin éxito- y ahora debe internarse en un centro de “reposo”. Cuando de suicidio (y su tentativa) se trata, la reacción de la sociedad en general suele ser de rechazo, incomodidad y desaprobación.

La comprensión singular del fenómeno -lejos de ser norma- se presenta en contadas ocasiones, las generalizaciones abundan y la noción misma del acto se ve desdibujada, manchada tras juicios de valor. La histórica asociación entre suicidio y enfermedad mental, alimenta la creencia de que los hombres sanos de espíritu no se quitan la vida. Bajo este imaginario el sujeto es despojado de su rol -activo- en la *elección* por la muerte, su voluntad es colonizada, su voz censurada y su malestar velado tras conceptos restrictivos como “lo normal”, “lo políticamente correcto” o “lo adecuado”.

Como resultado de esta operación, se agruparon actos de distinta naturaleza bajo la macrocategoría de “el suicidio”, como si se tratase de un cuadro clínico diferenciable o una enfermedad tipificable. Este sesgo ha impedido que nuevos razonamientos en torno a este fenómeno sean explorados, como si no tuviera cabida en lo racional pensar que un sujeto en su “sano juicio” asuma una posición radical que ponga fin a su existencia.

En consonancia con la unicidad del acto, la expresión más acertada para referirse al fenómeno en cuestión podría ser entonces “*los suicidios*” y no “*el suicidio*”. Dicha variación, permite establecer en principio una suerte de acuerdos en torno al mismo; se trata pues, del acto en que un sujeto se quita la vida, no por eso todo el que se quita la vida buscaba -con dicha acción- matarse; si bien se puede hablar de *el suicidio* cuando de las consecuencias propias del acto se trata, es menester hablar de *los suicidios* cuando se pretende dar cuenta de motivos, razones y justificaciones, pues es el dominio de *la subjetividad* el que opera.

Un cambio en apariencia minúsculo -como sacar del mismo costal todo acto suicida- da un lugar privilegiado al sujeto y a la operación del *deseo*, abriendo la posibilidad de reevaluar la concepción generalizada del acto.

La justificación de la presente monografía reside entonces, en la oportunidad de introducir una pregunta por los suicidios, cuestionando el estatuto que hasta ahora se le ha otorgado y abriendo la posibilidad de entablar una nueva consideración; una que restituya el nombre de aquellos que han elegido suicidarse y fueron tachados de cobardes, depresivos, locos, profanos o en el peor de los casos, alguien decidió por ellos: no nombrándolos. Esto posibilita ubicarse de forma diferente ante quien optó por acabar con su vida y, concebir esta *decisión* como otras, a pesar de ser total y dejar una fuerte impresión moral.

A propósito de los modos en que el discurso capitalista empuja al sujeto adolescente al suicidio, se busca entablar un marco de sentido que posibilite acercarse a la singularidad del acto suicida, especialmente en sujetos adolescentes afectados por los modos de goce propuestos por el discurso dominante: el capitalista. Dichas afecciones son rastreables a partir de fallas en lo simbólico, tanto en el núcleo de la subjetividad (malestar psíquico), como en la sociedad a modo de proyección del mismo (anomia).

3 Objetivos

3.1 Objetivo general

Comprender las especificidades del suicidio en la adolescencia en el marco del discurso capitalista.

3.2 Objetivos específicos

- Analizar en la teoría psicoanalítica el concepto de discurso frente al fenómeno de suicidio en la adolescencia.
- Describir las particularidades del discurso capitalista que inciden en el suicidio en la adolescencia.
- Interrogar el estatuto del acto suicida para el psicoanálisis a partir del concepto de goce.

4 Marco teórico

El camino hasta ahora trazado, no solo da cuenta de la dificultad humana de aproximarse a la comprensión del suicidio; también habla de la imposibilidad constitutiva del sujeto para representarse la propia muerte. Al respecto, Freud (1915) refiere que: "En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad." (p.290). Al detenerse en esta afirmación, es posible entrever una suerte de "vacío" en cuanto al alcance en la cognición humana de la muerte; esto es -sirviéndose de Lacan- la anunciación de lo real, latente en la imposibilidad de representarse el propio deceso vital.

Tanto el suicida como el que fallece por muerte natural, a manos de otro, o a causa de un accidente, intenta -en un momento dado- dar respuesta al enigma de la muerte, claro está: es un imposible. Con una idea tan propia como ahuecada sobre la muerte, los sujetos eligen a diario, sea para rechazarla y prolongar al máximo la vida, o bien, para aproximarse bruscamente a ella.

Con independencia del origen, creencias u ordenamiento simbólico que acoja al sujeto -por el hecho de serlo- ya ocupa un lugar común de no-saber ante la muerte, algo queda por fuera para él, algo que debe "llenar" con imaginarios y representaciones sociales; llámese vacío, falta o imposible.

Tan incomprendida y rechazada ha sido la muerte por suicidio, que instituciones como la iglesia, el Estado y -en general- la psiquiatría decimonónica, se tomaron la potestad de fijar márgenes morales y comportamentales, poner en tela de juicio la capacidad de elección y cordura de los sujetos y, quizá lo más grave, tomaron decisiones sobre el cuerpo de los sufrientes.

El planteamiento hasta aquí expuesto, podría sintetizarse en la siguiente pregunta por la muerte: ¿Qué es lo que el sujeto elige cuando elige la muerte? y su consiguiente respuesta, por completo única, determinante, vinculante y subjetiva.

4.1 De Durkheim a Freud

El sentido de rastrear la tesis Durkheimiana sobre el suicidio, radica en poder situar a partir de su robusto desarrollo teórico, un recorrido coherente y solidario -a una vía posible de comprensión del acto- partiendo del saber psicoanalítico, además, marcar un punto de inflexión en

cuanto al suicidio como objeto de estudio social; hito que -por demás- ata al sociólogo a un contemporáneo suyo, que consiguió hacer algo similar con la sexualidad: el Dr. Sigmund Freud.

Al respecto Roudinesco y Plon (2010) señalan:

Fue Émile Durkheim (1858-1917) quien generó esa ruptura. Contra los partidarios de la teoría de la herencia-degeneración, él demostró, en su magistral estudio de 1897, que el suicidio es un fenómeno social que no depende de la "raza" ni de la psicología, la herencia, la insania o la degeneración moral. En este sentido, Durkheim veía al suicidio como Sigmund Freud a la sexualidad: hizo de él un verdadero objeto de estudio. (p.1046)

Siguiendo a Martínez (2023):

Podemos decir que los dos autores consideran que la cultura juega un papel fundamental en la sofocación de las pulsiones y que esta condición produce un efecto doble: por una parte, condiciona los modos del establecimiento de los lazos sociales y por otra, produce ciertas formas sintomáticas que pueden o no ser soportadas por los individuos. (p.110)

Antes de continuar, es pertinente plantear una serie de premisas a modo de síntesis: Durkheim y Freud hacen del suicidio y la sexualidad, respectivamente, objetos de estudio sociales, y ambos encuentran en la cultura, una fuente constante de sufrimiento con consecuencias variables y subjetivas; dicho esto, cabe señalar que el elemento diferencial que introduce Freud, sirviéndose del psicoanálisis, es la pulsión. Elemento que por claros motivos se escapa a la comprensión y teorización de Durkheim.

4.2 Freud

La obra de Freud -vasta y nutrida- contiene en sí los cimientos de la investigación y método psicoanalítico, práctica que por lo demás resulta aplicable a diversos fenómenos de orden social, claro está, desde una perspectiva que no obedece a principios convencionales; esta postura no contempla necesariamente: preceptos morales, determinismos biológicos o imposiciones sociales de normalidad.

Dicho esto, proponerse a dilucidar la causa o causas del suicidio -a la luz del edificio teórico Freudiano- no resulta plausible; si bien este ofrece infinidad de vías de abordaje, interpretación y desarrollo teórico, no es tarea consabida del psicoanálisis establecer relaciones de causalidad -si *a* entonces *b*-, o adherirse a determinismos que dejan por fuera la operación del *deseo*, el lugar del *yo* o el empuje *pulsional*. La regla -si así se quiere- es que cuando del mundo psíquico se trata, no hay regla; solo saltos, desvaríos, oposición y subjetividad.

En medio de un panorama como el expuesto: divergente e impredecible, aventurarse a hipotetizar sobre el suicidio resulta un tanto desalentador, no obstante, es posible situar en Freud algunos “lugares comunes” al suicidio, estos expanden la comprensión del mismo y permiten plantear vías de interpretación y afrontamiento alternas.

En *La psicología del colegial* (1914) Freud establece un factor que fácilmente podría extenderse a todo sujeto “civilizado”; esto es: la fijeza con que entabla vínculos con padres (o cuidadores) y hermanos (o coetáneos) en la más temprana infancia. De estos, premura Freud (1914) el establecimiento de los vínculos futuros:

Así, esos conocidos posteriores han recibido una suerte de herencia de sentimientos, tropiezan con simpatías y antipatías a cuya adquisición ellos mismos han contribuido poco; toda la elección posterior de amistades y relaciones amorosas se produce sobre la base de huellas mnémicas que aquellos primeros arquetipos dejaron tras sí. (p.249)

Podría decirse entonces, que los arquetipos son elaboraciones simbólicas de la más primitiva naturaleza, que encuentran soporte en figuras significativas, y producen en el sujeto afectos variables; huellan el camino, trazan sendas y disponen de todo un ordenamiento para hacer al sujeto naciente, miembro de la sociedad. En parte el sujeto es, porque otro interpretó su llanto, silencio y gesticulación; alguien satisfizo -a su gusto- la hambruna del pequeño, y abrigó -como pudo- su cuerpo sin saber si mitigaba o exacerbaba el malestar; alguien lo introdujo al mundo del lenguaje, pero esa es otra discusión.

A propósito de esos “lugares comunes” a rescatar, se siguen de los primeros vínculos arquetípicos -padres y hermanos- sus herederos inmediatos; los docentes y compañeros de estudio. En *Contribuciones para un debate sobre suicidio*, Freud habla de la inminente responsabilidad que

tiene la escuela, para con la existencia de los alumnos, no solo ante su formación académica. En términos del autor:

La escuela media tiene que conseguir algo más que no empujar a sus alumnos al suicidio; debe instilarles el goce de vivir y proporcionarles apoyo, en una edad en que por las condiciones de su desarrollo se ven precisados a aflojar sus lazos con la casa paterna y la familia. (Freud, 1910, p.231)

No es evitar que se maten, sino propender por que vivan, podría decirse. La formulación Freudiana hace una clara advertencia: el paso del joven por la escuela media coincide con la época en que los lazos con el hogar y los vínculos primigenios tienden a ceder; es entonces, cuando la escuela debe fungir de reemplazo, ser la otredad que el joven precisa, “brindar un sustituto de la familia y despertar interés por la vida de afuera del mundo”. (Freud, 1910, P.231)

Quizá esa sea la clave: despertar interés por algo en el mundo, pero no cualquier interés; uno que devore el alma del sujeto y colme su espíritu; que se sobreponga al malestar de la existencia misma y sea faro de sentido cuando la angustia vital apremie; que reconozca obstáculo, pero no límite para vivir; un interés genuino que responda a las exigencias pulsionales y al deseo del sujeto.

Es válido entonces situar como “lugar común” a considerar -en la elección por el suicidio- el interés del sujeto por algo particular de su existencia, algo con la potestad de hacerlo vivir, algo que se imponga sobre la pulsión de muerte; sea un libro, relación, labor o compromiso, lo que sea que haga lazo.

Hasta este punto se han recogido como “lugares comunes”: los arquetipos o primeros vínculos, la escuela y las relaciones que se gestan allí, y la elección de un interés que instile el deseo de vivir. En consonancia con esto, existe un cuarto “lugar común” por exponer: la cultura.

Una de las obras por excelencia para aproximarse al concepto de cultura, siguiendo a Freud, es *El malestar en la cultura*; este intrincado análisis literario expone cabalmente lo que Martínez (2023) conceptualizó como “*sofocación de las pulsiones*” (p.110), esto es: las formas que adopta la cultura para contener la descarga pulsional -exacerbada- de los sujetos; acción que recibe como respuesta malestar, insatisfacción, sufrimiento, pena y -para algunos teóricos como Durkheim- la muerte inminente. En otros términos: ante la cohesión pulsional ejercida por el ordenamiento

cultural, el sujeto opone objeción mediante el síntoma; formación de compromiso por completo subjetiva.

Freud (1930 [1929]) establece tres fuentes de las que proviene nuestro penar: “la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el Estado y la sociedad.” (p.85). Estas no son -por sí mismas- negativas o positivas solo están, son, transcurren, y nosotros hacemos en torno, mediante, con ellas; pero no es oficio de la naturaleza, el cuerpo o los demás hacernos penar día a día, no obstante así es.

El hecho de que el malestar esté presente en todos ya nos habla de su condición estructurante, propia; no deviene de una cultura particular o modelo familiar, tampoco de tener o no solvencia económica, el malestar está ahí. Al respecto Mesa (2020) ofrece unas palabras esclarecedoras:

Por supuesto, el desarrollo que Freud realiza en este texto es mucho más complejo, pues pasa del malestar, que proviene de las exigencias de renuncia a la satisfacción pulsional provenientes de la cultura, a unas exigencias más radicales, provenientes de la propia pulsión, y presenta al superyó como el paradigma del malestar, el obstáculo para el progreso de la cultura. (p.377)

En contraste se puede leer en Freud (1930 [1929]):

Acaso haya perjudicado el edificio del ensayo, pero ello responde enteramente al propósito de situar al sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, y mostrar que el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa. (p.130)

Es válido decir entonces que el penar del sujeto no se limita -meramente- a las restricciones e imposiciones culturales, se debe también, a la renuncia y adopción de nuevas exigencias pulsionales; unas más feroces y que van en contravía del desarrollo cultural.

Siendo así, vale la pena poner el foco sobre el sentimiento de culpa y la “adecuada” normativización de los vínculos como formas de instilar el goce por la vida; ante el declive del

cuerpo y el carácter impredecible de la naturaleza queda poco por hacer, quizá solo contemplar y darse por bien servido cada que llegue un nuevo día. Mesa (2020) es consistente al señalar que “las dos primeras son dejadas de lado, más bien se las cede a la ciencia, pero centra su interés en la tercera. Indudablemente la fuente del malestar en la civilización deriva de las relaciones de los hombres entre sí”. (p.378)

Por otro lado, dando continuidad al hilo discursivo dispuesto por Freud en el malestar en la cultura, es crucial dar seguimiento a aquellas formas que distingue para soportar la vida; estas, logran hasta cierto punto dar cuenta de los modos empleados históricamente para sobrellevar el malestar. Dice Naparstek al respecto:

Para Freud hay un malestar inevitable y, a la vez, hay diferentes formas de intentar paliar ese malestar. Gran parte del texto está armado para mostrar las diferentes estrategias frente a la inexistencia de una civilización que no tenga pesadumbre. Si uno sigue el escrito se podría armar una lista donde figuran el amor, la religión, el delirio, la sublimación, etc., como formas de paliar el dolor de vivir. (2005, p.22)

Lo importante de estas formas -amor, religión, delirio y sublimación- reside en el uso y despliegue que cada sujeto pueda hacer de las mismas; se trata en efecto, de cuatro formas de arreglo subjetivo con la realidad. Sea cual sea la elegida, conscientemente o no, existen implicaciones que no eximen al sujeto de una vida llena de molestias; aún el amor más precioso corre con el riesgo de acabarse y producir el mayores de los sufrimientos; dirá Freud (1930): “nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor.” (p.82)

Lo interesante de estos arreglos es que, con independencia del adoptado, el malestar y la posibilidad de salida por vía acto siguen allí; es decir, estos arreglos no contienen por sí mismos una carga mortífero o vitalicia, pero pueden en un momento determinado, ser concebidos como uno u otro.

El desamor no puede ser tratado como causa de un suicidio, tal y como no puede serlo la religión o el delirio; hasta cierto punto es válido decir que anteceden al acto, incluso que lo gatillan pero hay algo más, algo a lo que el psicoanálisis señala y que se ubica en el campo del deseo: la

elección del sujeto; más allá de cualquier desamor, encomienda divina, idea delirante o acto, está la elección del sujeto por su vida o muerte.

Finalmente, de cara a los aportes extraíbles de la obra freudiana, queda por responder ¿qué se entiende por cultura? A lo que Freud ofrece una fórmula -en apariencia sencilla- que sirve como punto de partida; esta no solo resulta ser solidaria con algunos postulados acogidos por Durkheim, además hace puente con el concepto de *discurso* propuesto por Jacques Lacan.

Dice Freud (1927 [1929]) en *El porvenir de una ilusión*:

La cultura humana —me refiero a todo aquello en lo cual la vida humana se ha elevado por encima de sus condiciones animales y se distingue de la vida animal (y omito diferenciar entre cultura y civilización)— muestra al observador, según es notorio, dos aspectos. “Por un lado, abarca todo el saber y poder-hacer que los hombres han adquirido para gobernar las fuerzas de la naturaleza y arrancarle bienes que satisfagan sus necesidades; por el otro, comprende todas las normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los hombres y, en particular, la distribución de los bienes asequibles.” (p.6)

4.3 Lacan

La forma en que Lacan caracteriza el *discurso* comparte relación con el concepto de cultura esbozado por Freud, sin decir con esto que se trata de lo mismo; las condiciones subjetivas y disposiciones propias de cada época, y psicoanalista, no permiten una concordancia de pensamiento tal como quisiera pensarse es posible, no obstante, existen elementos comunes -en su medida- al concepto de cultura planteado por Freud y la noción de discurso elaborada por Lacan, piénsese en principio en los siguientes elementos: operación, normas y regulación de vínculos entre los hombres.

De hecho, como veremos, la noción de discurso que aporta Lacan (1970) va más allá de la historia y de las nociones freudianas de cultura y civilización, pues esta será “la manera de Lacan de complejizar y de matematizar lo que Freud llamó la civilización. (Soler, 2007 citado en Martínez, 2023, p.132)

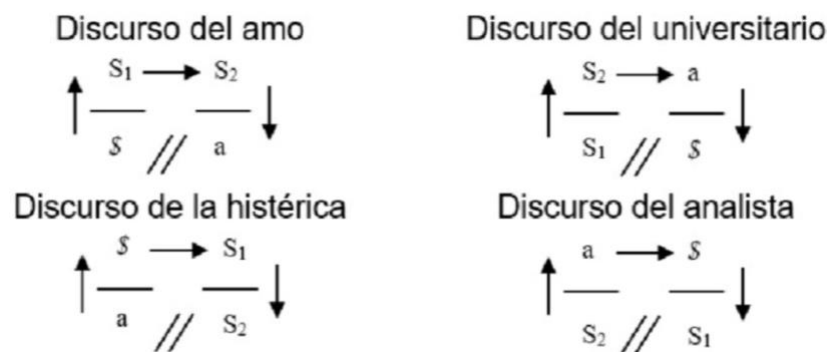
Ahora, con miras a dar una clara exposición se presentara una serie de elementos, que deben ser tenidos en cuenta a la hora de pensar el suicidio desde la perspectiva de Lacan.

Además de los lugares mencionados, el matema contiene flechas -vectores- que marcan el curso de la operación e indican un sentido; de quien se ubica en posición de agente a quien está en lugar de otro; del otro a la producción; de la verdad al agente. La línea inferior denota el campo del inconsciente y las dos líneas paralelas imposibilidad; no hay forma de que la verdad y la producción se “encuentren”, dicho de otro modo, la verdad del agente no viene del producto del otro.

La mejor forma de comprender lo descrito hasta ahora es -como lo expuso Lacan- a través de matemas. A continuación, se mostrará la representación elaborada por el autor del primero de los discursos -el del Amo- a partir del cual, al cuarto de vuelta, se producirán los demás discursos:

Figura 2

Los cuatro discursos. (Lacan)



Nota. Fuente <https://bit.ly/3PWuFOR> (Sabio, 2015, p.50)

Como bien es bien sabido la presente monografía centra su interés en el discurso capitalista, por eso, se limitará el desarrollo del presente apartado a nombrar los cuatro discursos -abordando detenidamente el del Amo- para poder pasar así, al discurso capitalista que -cabe decirlo ya- no es técnicamente un discurso.

El discurso del Amo ostenta particularidades que lo hacen el punto de partida para la exposición de Lacan, lo que allí sucede puede expresarse así: S_1 ubicado en el lugar del agente interviene sobre sobre el S_2 , ubicado en el lugar del otro, esto “nos da cuenta de una dialéctica en el sentido hegeliano, que implica una relación discursiva en la que hay dos lugares significantes: el amo y el esclavo”. (Martínez, 2023, p.137)

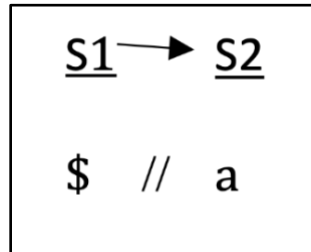
El primer lugar, el de la izquierda, ubica al amo como el portador de una falta que desconoce -situada en el piso inferior- en tanto se trata de un sujeto barrado (S); el segundo lugar, el derecho,

expresa la relación con el otro -el esclavo- “dueño del saber, posee un saber-hacer. Y el objeto a, el plus-de-goce, es el efecto, producto del discurso”. (Campodonico, 2016, p.123)

La siguiente figura recoge la relación descrita en el *discurso* del amo:

Figura 3

Discurso del amo. (Lacan)



Nota. Fuente (Martínez, 2023, p.136)

Trazado este recorrido -y con plena consciencia de que siempre hay más por decir- es admisible abordar el discurso que nos tiene aquí compelidos: el *discurso capitalista*. Es de señalar, en primera instancia que este no se trata de un ensamblaje político, enunciados que responden a lógicas de derecha o izquierda, o de libertad de mercado; aunque parte de eso tiene, como dice Martínez (2023):

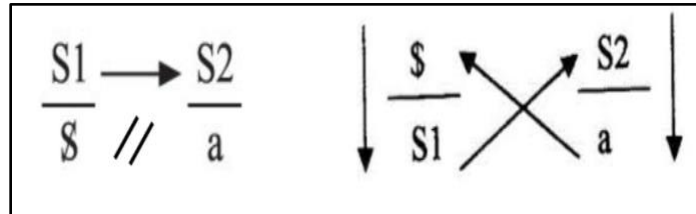
Esto, en tanto que se puede corroborar que el capitalismo tiene tres siglos, la ciencia dos, y el discurso capitalista formulado por Lacan, alrededor de cincuenta años, quizá nos permita ver en torno a una dimensión histórica, que hablamos precisamente de cosas distintas, y no obstante, a partir de este primer atisbo del contexto histórico, si bien se da cuenta de una diferencia, también se infiere un nexo posible y se hace lícito conjeturar que las lógicas del discurso capitalista, son efecto de la articulación de los dos primeros. (p.143)

Se trata de la intersección de elementos nunca antes vistos: lógicas de mercado donde se produce explotación del hombre por el hombre (llámese capitalismo o socialismo) y crecimiento exponencial del nuevas tecnologías; formas de ciencia que simulan hacer lazo y generar bienestar, dejando velado su contracara: el malestar del bienestar.

Con esto en mente, se propone pensar el discurso capitalista como un pseudo discurso, que no alcanza en sus elementos constitutivos para cumplir con la noción de discurso lacaniano. A continuación se presentan dos gráficos que representan el discurso del amo (a la izquierda) y el pseudo discurso capitalista (a la derecha):

Figura 4

Discurso del amo / Discurso capitalista. (Lacan)



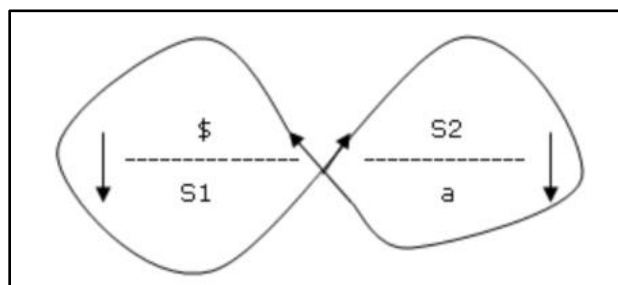
Nota. Fuente (Martínez, 2023, p.146)

Es posible señalar como diferencias en principio: el rumbo de los vectores, la ausencia de líneas paralelas -que denotan imposibilidad- en el suelo inferior, y una variación en lugar que ocupan el significante amo y el sujeto barrado. Estas variaciones ofrecen una serie de cambios a sopesar; al seguir el sentido de las flechas se puede notar que se forma un ocho invertido o infinito, lo que denota, al menos lógicamente hablando, la imposibilidad de salir de este circuito.

El circuito descrito en el pseudo discurso capitalista opera así:

Figura 5

Discurso capitalista. (Lacan)



Nota. Fuente <http://bit.ly/4aSK5vr> (El discurso capitalista)

Aproximarse a este esquema ahora en términos técnicos, describiendo qué implicaciones tiene y por qué -siguiendo al mismo Lacan- rompe con la estructura de lo que un discurso es, resulta fundamental.

Lo que puede producirse en el marco de un discurso orientado como un circuito cerrado, es una estructura sin disimetría entre los lugares y con esto, la “base misma del discurso desaparece”. Con la disimetría de los lugares en el discurso del amo, puede decirse que una lógica se establece: el S1 manda a la cadena S2 y de esto, hay un objeto que se produce; del lado del discurso capitalista en cambio, “tenemos un sujeto que nombra la cadena, la cadena que nombra a la producción de los objetos, pero los objetos mandan al sujeto. Es decir que es el circuito cerrado del mandamiento y no hay más sitios dominantes del discurso.” (Soler, 2007 citado en Martínez, 2023, p.148)

Con base en lo dicho hasta entonces, es posible sostener que se trata de un circuito que opera -casi- como un *discurso*, sin llegar con esto a alcanzar su estatuto; este no solo no hace lazos, sino que los deshace; no exhibe disimetría en sus lugares, por lo que no es claro qué objeto se produce o quién comanda la cadena; y quizá lo más importante, los objetos llegan a mandar la cadena, alimentando un circuito donde el mando no está definido en un lugar.

En síntesis, ha habido una caída de los referentes simbólicos y el lazo social se ha fracturado, los sujetos han sucumbido a las exigencias de la producción que -es de aclarar- no concuerdan con su objeto de deseo singular; esta operación ha dejado como saldo sujetos perdidos ante el no-límite que traza el goce propio y -ahora- el discurso.

Para finalizar este apartado se dedicará una corta cita para aproximarse al concepto de goce, al menos en lo de este concierne al campo del discurso y el suicidio. Dice Martínez (2023):

A partir de su segunda teoría sobre las pulsiones, Freud (1923) advierte la existencia de un empuje radical a la destrucción que constituye la finalidad de la vida humana en sí misma y que, la tendencia a la realización de la muerte, implica para el individuo un modo peculiar de satisfacción que no pasa necesariamente por la relación con la cultura. Esto da al padecimiento, un carácter que podemos llamar *a-social* y que podemos expresar con el concepto lacaniano de *gocce*. (p.130-131)

Esta puntualización implica un giro de tuerca en cuanto a la -ya mencionada- construcción Durkheimiana anomia y suicidio; también da cuenta de cómo Lacan conceptualizó -sirviéndose de la noción *goce*- lo que Freud pesquisaba para 1923; aunado a esto Martínez rescata el carácter *a-social* del goce, lo que posibilita entender porque algunos comportamientos no son fiel respuesta a las demandas sociales, tampoco velan por el cuidado de sí, o tienden a preservar la existencia. Prueba de ello es la inclinación humana a la intoxicación compulsiva, las lesiones autoinfligidas y claro, el fenómeno aquí concernido: el suicidio.

5 Metodología

La presente monografía se realizó a partir de un estudio de tipo cualitativo, donde el propósito central es interpretar y describir diferentes categorías de análisis, a partir de la revisión documental de conceptos como: suicidio y discurso capitalista.

El abordaje del primero de estos -el suicidio- ha resultado por así decirlo, problemático; los juicios morales y la retórica dominante de la época, han hallado la forma de soslayar la importancia de entablar un diálogo a propósito de la muerte. Hablar de la elección por la vida lejos de templos religiosos y hospitales psiquiátricos parece una tarea insostenible; el psicoanálisis por su parte, se ha esforzado en abrir un espacio de discusión a propósito del acto.

Respecto al segundo de los conceptos enunciados -discurso capitalista- es preciso indicar una inconsistencia en la composición semántica de este; no se trata realmente de un discurso, en tanto no alcanza a sostener los efectos del mismo, especialmente porque no organiza lazos y formas de goce, por el contrario, los disuelve. Dicho esto, quizá la forma más próxima a las implicaciones anunciadas por este “discurso”, sea pensarlo en términos de un pseudo discurso: el capitalista.

Establecidos en el marco de sentido proporcionado por el pseudo discurso capitalista, olvidamos su violento empuje a gozar y aparente falta de restricciones, en parte debido a su cercanía con la experiencia misma de existir; la proximidad con que los efectos del discurso se presentan es tal, que se funden con la vida misma, y concebirlas por separado resulta imposible. Se trata entonces del carácter sustancial del discurso capitalista; la totalidad con que envuelve los lazos, las disposiciones a través de las cuales los sujetos gozan y las formas de ordenar simbólicamente el mundo.

El alcance -tentativo- de la presente monografía es ofrecer una mirada alternativa del acto suicida; una que permita dar cuenta de las especificidades del suicidio en el sujeto adolescente, respetando la subjetividad y capacidad de elección del mismo.

6 Discusión

Con el concepto de goce -expuesto- en mente se puede dar apertura a la discusión, citando a Freud en *el Malestar en la cultura* (1930); allí se refiere a *la miseria psicológica de las masas* en los siguientes términos:

Cuando, con razón, objetamos al estado actual de nuestra cultura lo poco que satisface nuestras demandas de un régimen de vida que propicie la dicha; cuando, mediante una crítica despiadada, nos empeñamos en descubrir las raíces de su imperfección, ejercemos nuestro legítimo derecho y no por ello nos mostramos enemigos de la cultura. Nos es lícito esperar que poco a poco le introduciremos variantes que satisfagan mejor nuestras necesidades y tomen en cuenta aquella crítica. Pero acaso llegaremos a familiarizarnos con la idea de que hay dificultades inherentes a la esencia de la cultura y que ningún ensayo de reforma podrá salvar. Además de las tareas de la limitación de las pulsiones, para la cual estamos preparados, nos acecha el peligro de un estado que podríamos denominar «miseria psicológica de la masa». “Ese peligro amenaza sobre todo donde la ligazón social se establece principalmente por identificación recíproca entre los participantes, al par que individualidades conductoras no alcanzan la significación que les correspondería en la formación de masa.” La actual situación de la cultura de Estados Unidos proporcionaría una buena oportunidad para estudiar ese perjuicio cultural temido. Pero resisto a la tentación de emprender la crítica de la cultura de ese país; no quiero dar la impresión de que yo mismo querría servirme de métodos norteamericanos. (p.122)

Las palabras de Freud contienen una serie de premisas que no deben ser pasadas por alto; en adelante se puntualizaran algunas ideas:

La objeción racional, crítica despiadada y molestia justificada -incluso no justificada- para con el estado de la cultura, no hace a sus miembros enemigos de ella; tal y como las dificultades inherentes de esta (vale decir a causa de quienes la conforman) produce malestar, y no por eso la tornan un rival a enfrentar.

Existen limitaciones pulsionales para las que -Freud dice- se está preparado; otras que son creadas, esto claro, tras introyectar la cohesión pulsional; y otras más, que ponen en un estado de

peligro a los sujetos, la denominada *miseria psicológica de las masas*. Con este concepto, Freud anuncia un estado hasta el son de hoy vigente -quizá más que nunca- y que puede dar pistas, de la mano del concepto de goce lacaniano, acerca los suicidios de adolescentes.

Nos es plausible decir con lo mencionado hasta ahora, que en esta época las identificaciones reciprocas no logran sostenerse por sí mismas y hacer lazo; las relaciones se soportan en gustos pasajeros, pasiones fugaces, ideales culturales, canciones de moda, la colección más reciente de “*sneakers*”; y así, se constituyen unidades de sentido que hacen pseudo lazo hasta que aparece un nuevo ideal a perseguir, un “*trend*” en *TikTok*, o una colaboración con una celebridad más famosa que la anterior.

Las prerrogativas discursivas mencionadas no permiten establecer vínculos duraderos, por el contrario, abundan frágiles identificaciones que sucumben bruscamente a la caída de referentes simbólicos que hacían empalme; es decir pseudo lazo.

Por otro lado, referirse a la caída de grandes referentes simbólicos es hablar de aquellas individualidades conductoras que -antes más que ahora- lograban colectivizar; por ejemplo: Martin Luther King y el movimiento social que impulso en torno a la lucha por los derechos civiles; el Mahatma Gandhi y las manifestaciones -no violentas- que encabezó contra el Imperio Británico, llegando incluso, a unir gran parte del territorio en la denominada *Marcha de la sal*; así mismo, el rol que tomo Bob Marley en cabeza de la divulgación de la música reggae y el movimiento rastafari.

Como puede verse en estos casos S1 está ubicado en lugar de agente; agente que opera en la producción del otro encabezado por S2; lo que a su vez retorna -sin tocar- al S1 en su verdad. Esta estructura, que da cuenta de la relación significativa Amo-esclavo, operó predominantemente -podría decirse incluso con aceptación- durante gran parte de la historia humana; es hasta los años 60's que Lacan introduce la noción del *discurso capitalista* aludiendo a la articulación ciencia-mercado, lo que termina por disolver al amo (al amo único).

Ahora el amo es múltiple y se encuentra en todas partes, no necesita de la personificación; se trata en efecto, de amos objeto -gadgets- que hacen empalme con el otro, pero nunca lazo. Estamos como bien se mencionó, ante el circuito del mandamiento eterno y parte de quien lo comanda, “es el sujeto que nombra a la cadena, la cadena que nombra a la producción de los objetos y – he aquí la anotación crucial- los objetos que mandan al sujeto.” (Soler, 2007 citado en Martínez, 2023, p.148)

¿Qué consecuencias se pueden extraer de este movimiento en la cadena?: Es posible afirmar en primera instancia que todos los sujetos hoy en día, se sirven de *gadgets* de algún tipo para paliar el malestar que los aqueja; que los jóvenes desde temprana edad tienen acceso a grandes fuentes de información, artefactos que limitan el “hacer” de quien los opera, y referentes simbólicos a lo largo del planeta; también es posible situar que algunos sujetos enfrentados al *Edipo* y a las exigencias pulsionales propias de crecer, se ven rebasados, lo que los llevara a aferrarse con fuerza a figuras de identificación pasajeras, así, busquen en el otro -otro ausente como efecto del discurso- sostén, apoyo, o en su defecto, un lugar de goce compartido (mediante los *gadgets*); quienes salgan mejor librados, si así puede expresarse, entablarán vínculos significativos que pueden ser, en un momento dado, un ancla a la vida; los demás -de quienes los otros pueden hacer parte en cualquier momento- se encontrarán a merced de relaciones fugaces, vínculos endeble y *gadgets* por borbotones, cosa que no los hace malos o buenos, solo los ubica discursivamente en un lugar diferente ante el *otro*, la *verdad* y la *producción*.

Ahora, pensar que el sujeto se ubica en uno de los extremos sin tocar el otro sería ingenuo; todo sujeto se encuentran en un marco discursivo que implica movimiento, en otras palabras, todo sujeto se mueven entre los discursos.

En medio de este escenario -en que el discurso capitaliza la apetencia de los sujetos- se encuentra quien encontró que no hay forma de que el discurso sacie su apetencia, aquello que cree le falta; esto no está en un *gadget* ni en un *vínculo*, no está en las palabras que profesa un líder religioso o en el amor de una mujer, su ausencia es estructural; el problema -si se quiere- es que el *discurso capitalista* ha creado un marco de sentido que da la sensación de plenitud, satisfacción, completitud en tanto el *gadget* de turno, cumple su función (por completo fugaz y engañosa).

Quien llega a sospechar sobre la paradoja vincular en que se encuentra inmerso no suele hacerlo a través de medios académicos o la introspección, por lo general, la disonancia se presenta a través de los síntomas, angustia, malestar, hastío de vivir y en muchos casos: el suicidio. Este último es para muchos, la opción más sensata tras contemplar el panorama que los aqueja: abundancia de opciones más no posibilidades, copiosidad de referentes identitarios que no logran colectivizar, vínculos disueltos por su naturaleza evanescentes, objetos que mandan el ritmo de vida, y *un plus de goce* que no encuentra freno en el *discurso*.

Aventurarse a decir categóricamente que el *discurso capitalista* empuja al sujeto al suicidio resulta complejo, difícil de sostener y no responde a las lógicas con que opera el psicoanálisis; no

obstante, con lo dicho hasta el momento, es admisible decir que el *pseudo discurso capitalista* esboza las condiciones necesarias para ser caldo de cultivo de un suicidio.

¿Qué hacer ante esta paradoja?: Aunque parezca insuficiente el margen que se tiene para salir bien librado de este circuito, existen formas alternas de ubicarse subjetivamente y cambiar así, una existencia miserable por una infelicidad admisible. Dichos movimientos subjetivos pueden ser pensados a la luz de aquellos “lugares comunes” propuestos en el marco teórico; los primeros vínculos arquetípicos (padres y hermanos), sus herederos inmediatos (docentes y compañeros de estudio), la cultura (con sus respectivas fuentes de malestar) y la elección de un interés que instile el deseo de vivir por parte del sujeto.

Ante aquellos vínculos establecidos en la primera infancia, es de precisar que, si bien son: conducentes y huellan el camino, no son absolutos ni determinantes; es tarea del sujeto asumir una posición crítica sobre sí y responsabilizarse de su existencia, lo que implica a su vez, hacer un riguroso examen de consciencia y poner de manifiesto aquello que le produce malestar abriéndose paso a reestructurar formas vinculares primigenias.

Por otro lado -al pensar en la cultura- podemos caracterizar al menos tres fuentes de malestar que, en su contraparte, pueden ser experimentadas con plena viveza y bienestar, dicho de otra forma: tal como el cuerpo produce una serie interminable de molestias, dolores y exigencias constantes, ofrece ínfimas fuentes de satisfacción; tal como la naturaleza provoca temor, respeto, asombro y “obliga” al hombre a imponerse para sobrevivir, regala su inmensidad, magnitud e inconmensurabilidad; los vínculos con los otros, sin duda la mayor fuente de infelicidad, pero quien podría negar que también se trata de una de las mayores fuentes de alegría, pasión, hermandad y fraternidad.

Quizás en lo concebido como problema se encuentre también la solución. Como bien planteo Camus (1981) en *El mito de Sísifo*:

No hay sol sin sombra y es necesario conocer la noche. El hombre absurdo dice "sí" y su esfuerzo no terminará nunca. Si hay un destino personal, no hay un destino superior, o, por lo menos, no hay más que uno al que juzga fatal y despreciable. Por lo demás, sabe que es dueño de sus días. En ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierte en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado

por su muerte. Así, persuadido del origen enteramente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, está siempre en marcha. La roca sigue rodando. (p.161-162)

Finalmente, ante aquello que Freud mencionó como instilar el deseo de vivir, es quizá donde deba ponerse el foco -en seguir rodando la roca- esto es, en encontrar algo que despierte un genuino interés por existir, no solo por vivir, sino por existir plenamente; para eso hay que dar con “algo” que exalte el espíritu, sea literatura, música, amor, conocimiento; lo que sea que instile amor por la vida y permita sobrellevar la angustia sin caer de lleno en el vacío.

Es a partir de allí, de los pequeños “lugares comunes” que se pueden crear grandes refugios para el espíritu, aquellos que en un momento de vacío, angustia o sufrimiento pueden ser un amarre a la vida. Dicho esto, no deberían ser subestimadas las palabras conferidas con gentileza por alguien que busca reparar un alma, el calor de un grupo que comparte un mismo dolor, o la sutileza de un acto que destila humanidad y provoca el llanto más infantil.

A continuación se propone un apartado del texto *En las cimas de la desesperación* de Emile Cioran, que da cuenta bastante bien de cómo un genuino interés por algo, en apariencia lo más nimio -escribir- puede preservar la vida. Dice Cioran (1990):

Escribí este libro en 1933, a los veintidós años, en una ciudad que amaba, Sibiú, en Transilvania. Había acabado mis estudios de filosofía y, para engañar a mis padres y engañarme también a mí mismo, fingí trabajar en una tesis sobre Bergson. Debo confesar que en aquella época la jerga filosófica halagaba mi vanidad y me hacía despreciar a toda persona que utilizara el lenguaje normal. Pero una conmoción interior acabó con ello echando por tierra mis proyectos.

El fenómeno capital, el desastre por excelencia es la vigilia ininterrumpida, esa nada sin tregua. Durante horas y horas, en aquella época, me paseaba de noche por las calles desiertas o, a veces, por las que frecuentaban las solitarias profesionales, compañeras ideales en los instantes de supremo desánimo. El insomnio es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura. Todo es preferible a ese despertar permanente, a esa ausencia criminal del olvido. Fue durante esas noches infernales cuando comprendí la inanidad de la filosofía. Las horas de vigilia son, en el fondo, un interminable rechazo del pensamiento

por el pensamiento, son la conciencia exasperada por ella misma, una declaración de guerra, un ultimátum que se da el espíritu a sí mismo. Caminar impide rumiar interrogaciones sin respuesta, mientras que en la cama se cavila sobre lo insoluble hasta el vértigo.

En semejante estado de espíritu concebí este libro, el cual fue para mí una especie de liberación, de explosión saludable. De no haberlo escrito, hubiera, sin duda, puesto un término a mis noches. (p.4)

Sin intención de generar una discusión en torno a la condición mental, o bien espiritual de Cioran, es posible reconocer algunos rasgos que dan cuenta del afloje a nivel de lazo social que el autor experimentó, están por ejemplo: el engañar a otros y engañarse a sí a sabiendas de ello, la vacuidad con que contemplaba relacionarse con compañeras en sus momentos de desánimo y, esta aquello que Freud nombró como *narcisismo de las pequeñas diferencias*, evidente en su desprecio por aquellos que no se servían del lenguaje técnico filosófico para expresarse.

Por otro lado, es de señalar cómo el peso de la angustia ocupaba en primer término la vida diurna del sujeto, para luego imponerse en la vida nocturna; así Cioran arremetía -posiblemente sin saberlo- contra sí mismo mediante la vigilia; expresión de su incapacidad de olvido y constante estadía en el dolor.

Quizá lo más significativo del prefacio citado -en consonancia con el fenómeno suicidio, este contenido en el párrafo final donde Cioran da a entender que, a expensas del sufrimiento, desánimo que lo inundaba, y desprecio, escribió este libro -*En las cimas de la desesperación*- como vía para no quitarse la vida; como dijo el “una explosión saludable” (Cioran, p.4), si se quiere, una suerte de medio para sublimar.

Casos como este abundan en la literatura, aunque no todos con tanto éxito -en cuanto a morir de senilidad- como es el caso de Cioran. Grandes escritoras como Sylvia Plath, Alejandra Pizarnik y Virginia Woolf se sirvieron extensamente de la escritura para sondear su existencia y vivir, pero como se ha dicho siempre hay algo más, algo que no puede ser previsto y bajo lo que no opera el control del Otro: la elección subjetiva del sujeto a propósito de su existencia; en últimas se trata de algo que ningún manual diagnóstico, credo religioso o matrimonio permitirá comprender.

7 Conclusiones

Con base en el recorrido trazado hasta ahora se expondrán algunas ideas que, hay que decirlo, no pretender dar por concluido de modo alguno un fenómeno como el abordado, mucho menos establecer “la forma correcta de pensar”; el objetivo es aclarar y dar profundidad a ciertos temas o ideas que se abordaron a lo largo de la monografía y quedaron -como suele pasar con el psicoanálisis- a medio desarrollar.

Lo primero por decir, de cara a los sobrevivientes del suicidio de un ser querido, es que al pensar en el suicidio se cavila lo que pudo haber sido, ese “algo” por decir o hacer, que pudo “prevenir” o “salvar” a quien buscaba quitarse la vida, y como rasgo propio de la naturaleza humana, adviene la culpa que castiga a quien considere que pudo haber hecho “algo más” por quien eligió morir. Hay que decirlo: en ocasiones no hay nada por hacer o por decir que pueda cambiar la elección del otro, no todos los sujetos nacieron para vivir y no todos deben vivir, pero aquellos que tengan una pizca de esperanza, deberían aventurarse a intentarlo.

Por otra parte, es de señalar un elemento de valor que ofrece el psicoanálisis y que puede rastrearse a partir de su práctica clínica: la insondable elección del sujeto, algo que no solo advierte Lacan al referirse a la psicosis, sino también Freud al plantear su teoría de las pulsiones; constantemente Freud dio a entender que hay “algo” en la naturaleza de las pulsiones que se resiste a ser domesticado, en efecto, lo mismo que nos produce malestar ante las imposiciones culturales que buscan inhibir los impulsos sexuales. Así mismo, existen determinaciones inconscientes -como un acto- que no pueden ser desviadas, previstas, anticipadas o “socorridas” a tiempo; y quizás no sea cuestión de tiempo, sino de *deseo*.

De cara a las causas del suicidio -para quienes se lo pregunten- es aceptable decir que existen pistas, finas migajas que de ser recuperadas y leídas correctamente pueden dar indicios de “lo ocurrido” en cuanto a la naturaleza del acto, pero nunca, de ningún modo, de lo vivido en el fuero interno del sujeto, en el corazón de su subjetividad; toda palabra, juicio y argumento esbozado pasa por las vivencias, juicios, experiencias -en últimas- la subjetividad de quien los confiere, denotando inminentemente que le es imposible su comprensión, barranto para sí, la posibilidad de ubicarse en el lugar de otro.

Finalmente es importante recordar que si bien el suicidio es un fenómeno de carácter social, lo es también -y más importante- de carácter subjetivo: con independencia de que transcurra o no

en el seno de una sociedad, o esté presente en gran parte -por no decir todas- las culturas de las que se tiene registro, hay algo en este fenómeno que trastoca las barreras del lenguaje, territorio o momento histórico.

El elemento que se busca presentar -y que algunos optan por dejar fuera de la discusión- es el advenimiento de lo real con la muerte, aquello que escapa al lenguaje, a la representación; esa fuerte impresión moral que produce el acto, los traumas que desencadena, las vidas que toca, la angustia y malestar físico que viene con el vacío en el saber. Esto es lo que -tras el suicidio de un sujeto- suele nombrarse como “el vacío que dejó en mí”, “el espacio que nunca se podrá llenar” o “la parte de mi vida que se llevó”.

8 Recomendaciones

En el segundo párrafo del apartado anterior fue mencionado un término que hasta el momento no había sido considerado en la discusión: *los sobrevivientes al suicidio de un ser querido*, formulación que en principio puede parecer extraña pero cobra sentido al responder ¿A qué se refiere con sobrevivientes?

En principio es posible hacer un rastreo rápido en la obra de Freud tomando el concepto *repetición*; dicen Lagorio y Pellegrini (2013):

En el texto *Más allá del principio de placer* Freud ubica la compulsión de repetición - que más adelante en 1925 en la Addenda de “Inhibición, síntoma y angustia” conceptualizará como resistencia del ello - como un más allá del principio de placer: “la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones” (Freud; 1920; 20). A esta altura de la obra de Freud no se trata únicamente de repetición en tanto retorno de lo reprimido sino de la irrupción pulsional que no logra ser ligada al campo de las representaciones. (p.354)

Así mismo, dentro de la vasta obra de Durkheim (1897) se puede perseguir la noción de imitación en *El suicidio*, dice el autor:

Del hecho de que puede tener lugar entre individuos, a los que no une ningún vínculo social, se deduce con evidencia, que la imitación es un fenómeno puramente psicológico. Un hombre puede imitar a otro, sin que sean, respectivamente, solidarios o miembros de un grupo social del que ambos dependan igualmente; y la propagación imitativa no tiene, por sí sola, el poder de solidarizarlos. Un estornudo, un movimiento coreiforme, una impulsión homicida, pueden transferirse de un sujeto a otro sin que se dé entre ellos otro vínculo que una aproximación fortuita y pasajera. No es necesario que exista entre ellos comunidad intelectual o moral alguna, ni que cambien servicios, ni aun que hablen una misma lengua; además, después de la transmisión, los individuos se encuentran tan ligados uno a otro como antes. En resumen, el procedimiento de que nos valemos para imitar a nuestros semejantes

es el mismo de que nos servimos para reproducir los ruidos de la naturaleza, las formas de las cosas, los movimientos de los seres. (p.78)

Los elementos hasta aquí recogidos permiten hacer una articulación y pensar en los sobrevivientes al suicidio de un ser querido: como bien muestra Durkheim la imitación hace parte de la cotidianidad, piénsese en la influencia de masas o algo más sencillo en apariencia como un bostezo o estornudo; procesos orgánicos, que en ciertos casos responden a la imitación, al espejo. Freud por su parte, nos advierte que repetimos compulsivamente para no recordar, llegando incluso a repetir a costa -o mejor dicho en contra- del principio de placer. Expuesto este panorama, es más fácil vislumbrar el riesgo que corren aquellos que han perdido a quien aman. Ellos son sobrevivientes porque no imitan, porque no repiten, porque eligen vivir.

Referencias

- Campodonico, N. (2016). *Los discursos en el campo del psicoanálisis*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIII Jornadas de Investigación, XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://bit.ly/4aPlt6M>
- Camus, A. (1981). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Cioran, E.M. (1990). *En las cimas de la desesperación*. Tus Quets Editores. <https://bit.ly/3xFeVJI>
- Durkheim, E. (1897/1928). *El suicidio*. Madrid Editorial Reus (S.A).
- Freud, S. (1910). *Obras Completas Vol XI. Contribuciones para una debate sobre el suicidio*. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1913-1914). *Obras Completas Vol XIII. La psicología del colegial (1914)*. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1915/2000). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. En J.L Echeverry (Traduc.), obras completas: Sigmund Freud. (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927-1933). *Obras Completas Vol XXI. El porvenir de una ilusión (1927 [1929])*. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1927-1933). *Obras Completas Vol XXI. El malestar en la cultura (1930)*. Amorrortu editores.
- Lacan, J. (1969-1970) *El seminario de Jacques Lacan, Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Lagorio, J.S, Pellegrini, M.P (2013). *La repetición en la obra de Freud*. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://bit.ly/43VYZOU>
- Martínez, J.J. (2023). *¿Elegir la muerte?. Avatares de la posición ética del sujeto que realiza el acto suicida*. [Tesis de doctorado, Universidad de Antioquia. Medellín] Repositorio digital Universidad de Antioquia. Colombia.
- Mesa Duque, C. C. (2020). Una política de lo real: una valerosa mirada que no sucumba a la fascinación. *Desde el Jardín de Freud*, (2), 373-388. doi: 10.15446/djf. n20.90191. <https://bit.ly/3PYEbRk>
- Naparstek, F. (2005). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Grama ediciones.
- Pérez, E. (11 de noviembre de 2011). El discurso capitalista. Acerca de la conferencia de Milán de Jaques Lacan. *Blog El sigma.com*. <http://bit.ly/4aSK5vr>
- Pizarnik, A. (1955-1972). *Poesía completa*. Lumen.
- Savio, K. (2015). Aportes de Lacan a una teoría del discurso. *FOLIOS*, (42), 43-45. <https://bit.ly/3PWuFOR>